

BT153

- B4

N5



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Tipografía del Sagrado Corazón.—Leganitos, 54, Madrid.



A LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA LEONOR MARÍA DE GUZMÁN

CONDESA DE MONTERREY

NUNCA me persuadí cuánta verdad sea lo que alega Séneca de Aristóteles: que no se podía hablar de Dios sin empacho, hasta que lo he experimentado en este libro que de su divina Hermosura he compuesto. Porque el atrevimiento que tuve en comenzarle una vez, lo he pagado muchas con el arrepentimiento y confusión que he padecido, por haber salido tan inferior el suceso á mi esperanza; presunción la puedo llamar. Pensé decir algo donde había infinito que decir, y estoy corrido que en tan dilatado campo haya andado tan poco; que si bien era forzoso que me faltaran discursos y sentimientos para explicar aun moderadamente algo de su grandeza, esperé que para tan poco como era lo que entendía no me habian de faltar palabras; pero no sé qué se ha sido, que todo me ha faltado, necesítame á mendigar ó usurpar lo ajeno, hurtando piadosamente á los Doctores santos sus sentencias, á los escolásticos sus discursos y á los místicos sus palabras. Quiero con mi confesión prevenir cualquier calumnia, declarando hay en este libro muchas cosas ajenas, y serán cuantas no fueren malas. Por ventura, no sólo el ingenio, pero la lengua la

010142

mano y la pluma se me embarazarían con la admiración y reverencia de tan grande argumento. Por lo menos hallé por experiencia que tan soberana materia no es para explicada, sino para venerada. Gran verdad es lo que tantas veces repiten los Santos, que el Sér Divino es inefable; ni fuésin causa lo poco que San Dionisio Areopagita dijo de Dios en su *Mística Teología*, donde más le quiso dar á conocer, pues no pasa todo el libro de tres ó cuatro hojas, habiéndose dilatado bastantemente en sus *Hierarquías*, con libros competentes, aunque el sujeto dellos era tanto menor y más estéril, cuanto menos es lo criado que el Criador. El Santo, por lo que alcanzó de Dios, debió con mucho acuerdo de abreviar argumento tan inmenso, remitiendo el conocimiento divino al devoto sentimiento del afecto, no á la sutil agudeza del discurso. Yo, con lo poco que alcanzo, por necesidad he quedado corto. No quisiera fuese castigo de mi atrevimiento que, habiendo dilatado otros asuntos en mis obras, aunque cortos al parecer, con largos discursos, en este argumento haya sido tan poco fecundo: si no es que sea la causa, que como otras materias son capaces de nuestro entendimiento, lo son también de sus discursos; mas la Divinidad (como incomprendible de nuestra razón) no se proporciona tampoco con ella nuestro caudal y discurso. De cualquier manera confieso, que de ningún libro de los que he publicado he salido más descontento, aunque ninguno pensé escribir con más satisfacción; y así me hizo dudar de su impresión después de acabado, hasta que pareceres ajenos me animaron á ella, aunque no han bastado á sosegar mi escrúpulo, ni á quitar el empacho que tengo en publicarlo, que no es sin mortificación de mi poca humildad, que también me tuvo perplejo en la persona de quien confiaría su protección: mas presto me resolví que había de ser con quien menos empacho tuviese, y la que más disi-

mulara mis faltas. Desto sólo quiero hacer cargo á V. E., que la primera que me vino al pensamiento fué su persona, á quien sólo podía ofrecer obra tan imperfecta con la llaneza y confianza que me ocasiona la merced que me hace. Dijo bien un filósofo, que no era señal de benevolencia la bondad de las dádivas, sino la de los ánimos; no la grandeza de los dones, sino la llaneza confiada del que los da. Y la que yo uso con V. E. es tanta, que no quiero me deba el ofrecerla este don, sino el no haberle ofrecido á otro; fiando sólo de V. E. mi confusión y empacho, pues no la dedico este libro por el mejor, como debiera, sino por el de menos satisfacción mía. No niego sino que también me ha alentado el argumento por entender no dejará de ser gustoso á V. E., pues oirá con gusto hablar del sumo Bien, aunque tan mal y tan cortamente como yo lo he hecho. El afecto bueno la hará parecer bien aun lo mal dicho, por tocar en alguna alabanza de quien tan digno es de toda. No digo esto por excusarme en el ofrecimiento de cosa tan inferior á mi deseo, sino para dar algún color de más respeto al de mi confianza, la cual tampoco quiero sea tan desbarazada que no pida perdón. Y porque me le dé vucencia la ofrezco juntamente mis oraciones, para que llegue á ver con claridad lo que yo con mis borrones he obscurecido. Entre tanto, será consuelo para mí decir á vucencia lo que San Pedro Damiano dijo á otra excelentísima condesa de gran piedad en un libro que la dedicó, prometiéndola que sabría en el cielo la grandeza divina que no se podía declarar en la tierra: "Allí, dice ¹, falta la ignorancia, falta la imposibilidad: porque en la sabiduría, á la cual están unidos los Santos, saben todas las cosas, y en el Omnipotente las pueden. Allí veremos, descubierta

¹ Pet. Dam., opusc. 50, de instit. monialis ad Blancam Comitissam., cap. xv.

la cara, cómo el Padre engendra inefablemente al Hijo, y cómo procede el Espíritu Santo de entrambos. Allí veremos, cómo Aquel que no falta de ningún lugar, no por partes, sino todo, está donde quiera; y cómo puede ser que atiende á cada uno como si estuviera desocupado de todos los demás; y cómo atiende á todos, como si no cuidara de cada particular: cómo Aquel que en los Cielos se ensalza, sustenta los fundamentos del abismo, y cómo el que penetra lo más íntimo del mundo, rodea también las superficies. Acabo esta carta pidiendo á Nuestro Señor que mientras llega aquel día en que le veamos, caiga á V. E. la bendición que echa San Anselmo en el fin de otra: "Dios Omnipotente así ame á V. E., y amándola la ampare, que nada se haga por V. E., ó de V. E., que no le sea agradable," 1.

De V. E. menor Capellán,

JUAN EUSEBIO NIEREMBERG,

1 Ansel., lib. I, ep. 50.



LIBRO PRIMERO
DE LA
HERMOSURA DE DIOS
Y SU AMABILIDAD
POR LAS INFINITAS PERFECCIONES DEL SÉR DIVINO

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo Dios es incomprendible, y con todo eso debemos procurar conocerle con humildad.

I

HUMILLADO el corazón, atónita el alma y estremeciéndose la mano de pavor y reverencia, tomo la pluma para tratar del infinito Sér, soberana Hermosura y tremenda Majestad de Dios, argumento tan incomprendible que faltan palabras á la lengua para los sentimientos del alma, y faltan sentimientos al alma para la substancia de la verdad. Aquel inmenso piélago de esencia, aquel profundo abismo de bondad, aquel golfo de infinitud, aquel mar de perfecciones, aquella idea de hermosuras, aquella profundidad de bienes está tan lejos de poder explicarse con vocablos, que ni los conceptos pueden llegar á conocerle; sólo puede nuestro entendimiento admirarle, pero